

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año XI

BARCELONA 21 DE JUNIO DE 1900

Núm. 500

A LA LLEGADA



¡Jesús! ¡Cuánto gomoso alineado!... Eso parece la misa de las doce



Filantropía «fin de siglo»

CUANDO la «buena sociedad» tuvo noticia de que los infelices asilados del *Refugio Moderno* estaban muriéndose de hambre, un grito de horror y conmiseración se escapó de todos aquellos corazones sensibles.

¡Permitir á las puertas de una ciudad, emporio del lujo y fuente de la abundancia, que doscientos miserables careciesen de lo más necesario! ¡Dejar perecer de inanición á tantos viejos, tantas mujeres, tantos niños, que no tenían otro amparo que la caridad pública!

A toda costa urgía hacer algo por ellos.

La baronesa de Doceumbres convocó á la junta directiva del *Grupo de Damas* que tan dignamente preside. El conde de la Guayaba citó á reunión inmediata á los señores del *Patronato Azul*. La *Bienhechora invencible* celebró sesión extraordinaria... Todos los órganos y organillos de la beneficencia aristocrática echaron al aire sus notas más plañideras, y no hubo círculo elegante en donde no se hablase de la situación del *Refugio Moderno* y de la apremiante necesidad de correr en su ayuda.

En el *Patronato Azul* se dijeron cosas sublimes. Un caballero, que lleva un apellido tres ó cuatro veces ilustre, terminó su discurso con estas enternecedoras é inspiradas palabras:

—«Los ricos han de ser el báculo de los pobres; los que hemos heredado algo, debemos tender la mano á los desheredados del todo.»

La reunión de la *Bienhechora invencible* fué asimismo una explosión de amor al prójimo, representado esta vez por los albergados en el *Refugio Moderno*.

En cuanto al *Grupo de Damas*, toda descripción, por brillante que fuese, sería pálido reflejo de los hermosos temperamentos que en la reunión se manifestaron. La unanimidad fué completa. Había que ir... ¡aunque fuese al sacrificio!

Formóse un comité, encargado de llevar á la práctica el pensamiento de las corporaciones benéficas, con amplias facultades para hacer y deshacer y adquirir la percalina necesaria para los primeros adornos.

Porque, aunque nadie lo hubiese dicho en alta voz, el deseo general era celebrar una Kermesse en el *Pensil frondoso*, lugar ameno y fresco, muy á propósito para esas solemnidades filantrópicas de verano.

Aguijoneado, tanto por el noble afán de hacer bien á los pobres, como por el de complacer á las distinguidas damas que en él habían depositado su confianza, el comité trabajó con tanto empeño y fortuna, que la organización de la deseada fiesta quedó terminada en un par de días.

Un periódico daba cuenta del hecho en esta forma:

«La buena sociedad está disponiéndose para dar en breve á los pobres una nueva prueba del solícito interés con que vela por ellos. En el *Pensil frondoso* se inaugurará el sábado una Kermesse, cuyos productos se destinan á remediar las apremiantes necesidades del *Refugio Moderno*, en donde los infelices asilados, según ya dijimos á nuestros lectores, están dos ó tres meses há muriéndose de hambre. Deseamos y esperamos que el caritativo acto alcance el éxito que sus iniciadores se proponen.»

No se equivocó tampoco el periódico en sus suposiciones. La Kermesse, según frase que todos los gacetilleros repitieron como una consigna, «resultó una agradabilísima fiesta, de la cual conservarán imperecedero recuerdo todos los que á ella tuvieron la dicha de asistir.»

Columnas enteras dedicó la prensa local á referir los pormenores de tan encantadora velada. Nombres, trajes, incidentes *notables*; nada, ni el más insignificante detalle se olvidó.

«Asistieron,—decía un periódico,—las señoras y señoritas de Alcancía, de Cantimplora, de Rompetejas, de Latiguillo, de Bolsacorta, de Supernada, de Migaseca, de Oropeles, y otras muchas cuyos nombres sentimos no recordar.»

«La señorita de Alazán,—decía otro diario,—estaba bellísima con su vestido verde romántico, la de Adormidera lucía una preciosa falda azul incipiente, y la de Soplete llamaba justamente la atención por la suprema elegancia de su traje rojo volcánico con adornos de cristal mate.»

«Durante toda la noche,—escribía otro,—reinaron en el *Pensil frondoso* la mayor animación y la más franca alegría. Se rió, se habló, se cuchicheó mucho, se *flirteó* más y, en obsequio al bello sexo, la fiesta tuvo digno remate en un baile de sociedad, que terminó á las primeras horas de la madrugada.»



Eso sí, la junta organizadora trabajó como un hato de negros, y los jóvenes de la comisión de obsequios quedaron á una altura tan envidiable, que reunidas las presidencias de la *Bienhechora*, el *Patronato Azul* y el *Grupo de Damas*, acordaron, en prueba de gratitud, ofrecerles un banquete, celebrado, en efecto, al siguiente día con mucho champagne, muchos habanos y muchos brindis.

Luego vinieron las cuentas de la Kermesse. Se hicieron números, se sumó, se restó y se sacó en limpio que, satisfechos todos los gastos de instalación, orquesta, *bouquets* para las señoras, alumbrado, dependencia y el importe del banquete, quedaba un sobrante... de tres pesetas y media.

¿Y los asilados del *Refugio Moderno*? Como los pobres no leen periódicos, en lo cual hacen perfectamente, porque ciertas cosas vale más ignorarlas, se quedaron sin enterarse de la brillantez de la fiesta, de los nombres de los concurrentes, del color de los trajes y de la esplendidez del banquete de despedida...

Y continuaron tan tranquilamente muriéndose de hambre.

Noche de estío

ADOLFO PALMA



¿Saben ustedes lo que haría si yo fuese hombre?

CARTAS DE MUJER

BERTA A ISOLINA

QUERIDA: Es necesario que me saques en bien del apuro... No te asustes, no voy a pedirte ningún sacrificio; lo que espero de ti es cosa hacedera. Verás.

Tengo yo un novio que va para marido, ó á lo menos él desea que el cura nos eche la bendición. Anoche me planteó el caso formalmente. ¡Dios mío, qué trance! Púseme á temblar como si estuviéramos en lo más crudo del invierno: no tuve palabras con qué argüirle, y al fin eché á correr desalada y loca. Luego, me fué imposible cerrar los ojos en toda la noche. ¿Por qué me había acometido aquel miedo estúpido? ¿Lo sabes tú? En la soledad de mi alcoba iba dando vueltas y más vueltas al pensamiento. Hasta ahora no se me había ocurrido que cuando se ama á un hombre lo más lógico es que acabe una casándose con él. Pero si he de serte franca, yo tengo novio como antes tuve una muñeca, sin que esto quiera decir que no me cautiva y apasiona el mío. Pero bien, señor, es lo que yo pienso: ¿para querer es imprescindible casarse? Porque... verás, verás.

Ya puesta á meterme en honduras, mi imaginación no ha permanecido ociosa. Pongo que nos casamos: ¿me querrá él más ó menos? Si me quiere más, seguro es que me esclavice; si me quiere menos, no será floja mi pesadumbre. Mi vanidad, sí, hijita, mi vanidad no puede consentir esto último; mi orgullo no puede sujetarse á lo primero. Ahora, por ejemplo, me distrae y alegra ver á mi novio, y este encanto se perderá luego que desaparezca la ocasión de las entrevistas amorosas. Cuando menos á mí se me figura así: ¿tú qué dices?

Cierto que le amo, pero el amarle no significa que esté esclavizada mi voluntad. El es bueno; pero también es algo exigente. Cuando se empeña en una cosa me complazco yo en contrariarle: y esto demasiado se me alcanza que no podré repetirlo después de uncida al yugo del matrimonio. De modo que está claro como la luz: la casada no puede hacer lo que se le antoja. ¿Casándome, pierdo forzosamente mi libertad y el dominio que de soltera ejerzo sobre el hombre que me quiere para sí? ¿Es ó no es?

Este novio mío he observado que tiene ideas muy rígidas acerca de la familia y de las costumbres. Es, además, zalamero y mimoso y siente unos celos atroces, aunque los disimula con las artes de su cariño ardiente y de su urbana y fina educación. Esto ahora, porque se siente débil se explica, pero después que convertirá todas sus aspiraciones en derechos, ¿se mantendrá tan respetuoso? ¿El marido es tan bien educado como el novio? ¿Lo sabes tú que eres casada?

El favor que espero de ti es éste: que me ilustres; que disipes mis dudas: que me digas lo que debo decir y hacer: que me saques de esta honda tribulación.»

ISOLINA A BERTA

«Querida: No te cases.»

Por la copia,

J. F. Luján

SI YO FUESE HOMBRE...



Fumaria...

Á BUEN TIEMPO, MALA CARA

Ya hemos entrado, señor
 en el tiempo del calor,
 y esto se conoce en que
 se suda á más y mejor
 de prisa, andando, y á pie.

Este síntoma infalible,
 es á poco que se observe
 para todos comprensible,
 desde el barbudo al imberbe;
 pero también muy sensible.

Digo que á mí ¡voto á tal!
 me fastidia por lo pronto,
 aunque sea natural:
 el sudor me pone mal,
 sudando me vuelvo tonto.

¡Y aun hay quien grita, Dios mío,
 presa de atroz desvarío,
 que es excelente el verano!
 El verano sólo es sano
 en invierno... si hace frío.

No es esto disparatar
 del consonante forzado:
 ¿hay cosa como pensar
 que es muy hermoso sudar
 cuando está todo nevado?

Entonces sí, sí señor:
 si tiritita uno en invierno,
 del reuma siente el dolor
 y estornuda... ¡venga infierno!
 es decir, venga calor.

Pero en las horas mortales
 del estío que achicharra
 los calores son fatales,
 buenos para la cigarra,
 ¡vamos, cosa de animales!

Sobre todo si según
 ocurre el año presente,
 corre más de lo común
 y adelanta diligente
 sus halagos... de *betún*.

¿Aun no es la fecha oficial
 y ya insolente y bestial
 la piel convierte en película?
 ¿Que se guarda el animal
 para la fiera canícula?

Ya con instinto de hiena
 está causando estropicios;
 á los unos enajena,
 á los otros envenena,
 y exalta todos los vicios.

Suicidios, riñas, y otros
 excesos que el vate omite;
 los hombres se vuelven potros
 (¡eh! ¡no os ofendáis vosotros!)
 y Silvela no dimite.

Por todo esto, pues, yo digo
 que el sudar es poco sano,
 y aunque en invierno me abrigo,
 inconciliable enemigo
 me declaro del verano.

CARLOS SAMUEL

DE LA PEÑA

Por una colección de chicos listos, aunque guasones

CUIDADO que es talentudo el *maestro* Eusebio Blasco!

El último artículo que de él he leído se titula «Cristeta», y lo publicó el *Heraldo* de hace pocos días.

«Cristeta» es cuento vulgar, *asaí* vulgar para ser de un *maestro*; cuento como muchos de los que los principiantes de *maestro* mandan á muchos periódicos y que no se publican, á Dios gracias.

Y además de ser tan vulgar y tan ñoño, tiene cosas... como ésta:

«... y en la iglesia de las Trinitarias, á la que yo suelo entrar...»

De modo que D. Eusebio «suele entrar á la iglesia...»

Y como ésta:

«... me dejó con las ganas de hacer una de esas *interviews* que á mí me encanta hacerles á los pobres.»

¡Por Dios, maestro! No *haga* usted tantas *interviews*, y entreténgase en hacer otras cosas.

No hay como ser *maestro* para *hacer*... y decir tonterías.

Y á propósito de Blasco.

El otro día leí un cuento de Guy de Maupassant que era igual (en argumento, se entiende) que *¡Pobres hijos!* de Eusebio Blasco, drama estrenado no hace mucho en Barcelona.

¡Figúrense hasta donde llega el talento de nuestro *eximio* literato y *maestro*! ¡Hasta Maupassant le copia!

—¡Pero hombre, si Maupassant ha muerto hace muchos años!

—Es verdad, no me acordaba.

Pues, francamente... no lo entiendo.

Los hombres *intelectuales* no son inteligentes. Los hombres inteligentes pueden ser intelectuales. Los hombres se empeñan en probar muchas veces que las palabras más próximas son las que están más distanciadas.

Por fas ó por nefas casi todos los del partido intelectual resultan ó botarates ó cínicos.

Vamos, una *contradicción racional*.

Conocemos nosotros á quien para ser burro no le falta sino andar á cuatro patas. Desde luego, rebuzna.

Por supuesto que hablamos de los de por acá, ó sea de los de Pirineos adentro. Y nó de los propiamente intelectuales, sino de los que se han aplicado el mote sin encomendarse á Dios ni al diablo.

Es verdad que son al mismo tiempo menos arrogantes y menos impetuosos que los de afuera, no sé si porque tienen menos genio ó menos ilustración.



Jugaría...

SI YO FUESE HOMBRE...

Donde han tomado por lo serio eso de jugar al intelectualismo es en Italia.

Allí no se contentan con las glorias del libro ó del periódico; van á las luchas de la escena; van á las luchas de la política, y no así como se quiera, limitándose á tener representación, sinó con el aquel de constituir una fuerza positiva, batalladora.

Algo más de lo que aquí llamamos grupo, y menos de lo que entendemos por minoría.

D'Annunzio está á la cabeza y le sigue inmediatamente Mascagni.

¿Se han enterado nuestros intelectuales? ¿Qué hacen, pues, que no les imitan ó secundan?

Es la última palabra *snob*.

Verdad que no pueden decir, como los italianos: «tenemos, por lo menos, dos nombres; tenemos cabeza visible.»

Nó, aquí lo que tendrán á lo sumo, es cabeza de turco.

Pero eso no importa, porque en España, digamos aplicando un galicismo, *el nombre no hace al diputado*.

Confieso que me gustaría ver intelectuales en la Cámara.

¡Si que fueran divertidas las sesiones, Dios!

No faltaría otra cosa para que Silvela se completase su obra de regeneración.

Bremón gracioso:

«Nombres y apellidos tomados de diferentes listas y que forman sentido curioso...»

Sí que es curioso que los nombres formen sentido... y que Bremón siga escribiendo en «La Española» tan sin... ídem.

Pero vamos con los nombres tomados curiosamente por el revistero:

«Clara Luna de Espejo.—Pilar de Mármol Duro.—Frutos Verdes del Campo.—Cándido Palomo de Nido.—Segundo Cabo de Aragón.—Perfecto Ladrón de Iglesias.—Milagros Pinto de Santos.—Salido de Huerta Ser-apio...»

¿Eh, qué chiste? Es lo que se llama todo un *tour de force*. ¡Ser-apio! ¡Vaya, vaya con Bremón, y qué oculto lo tenía! El sí que es Cándido Palomo Salido de Huerta.

En cuanto á cronista, por supuesto.

Ser... ser ¡apio!

Nada, se ha celebrado, ó más propiamente se ha corrido la taurófila cuanto chulesca diversión organizada por los preneros.

Digo *preneros*, porque francamente, ya ni prensa se atreve uno á escribir.

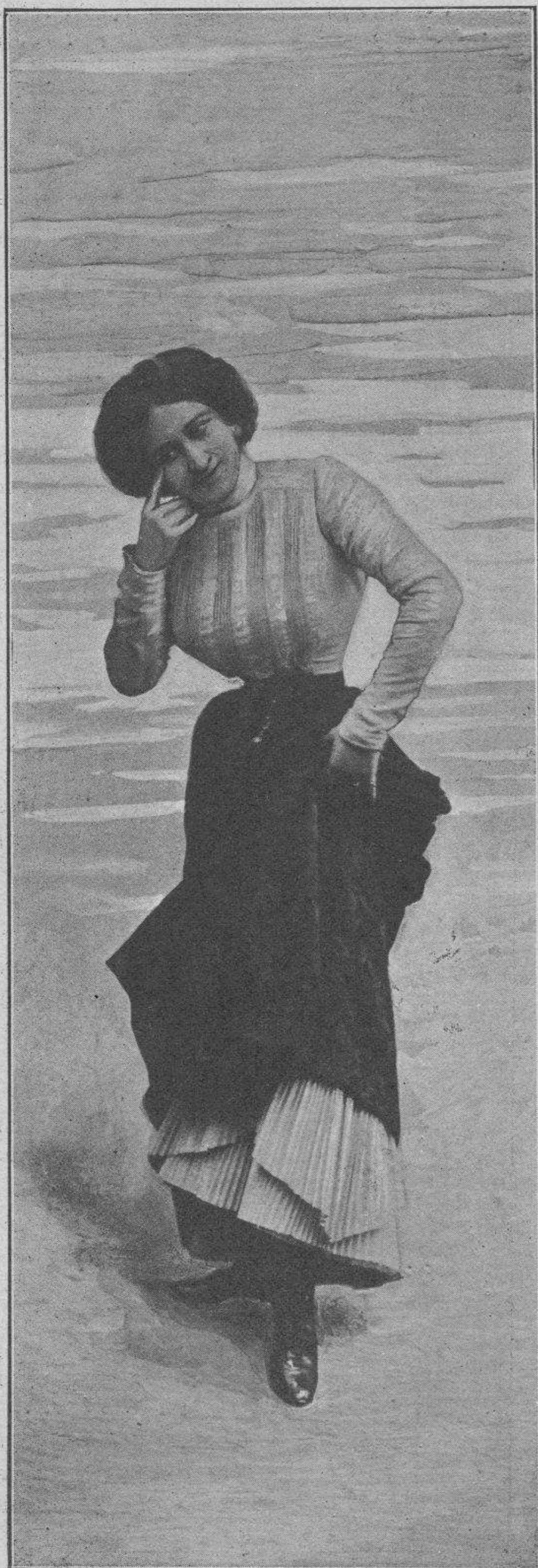
Bueno está que los franceses legislen que es una barbaridad el espectáculo, pero no está bien que los periódicos votemos en contra ¡recontra!

Silvela, así lo dijo el telégrafo, pidió un palco. Antes de abrirse la taquilla había una... *espectación* de ocho metros.

La cabeza y la cola ¡España!



Bebería...



No dejaría escapar ni una mujer.

La verdadera

noche de bodas

I

LUIS PERONTES, ingeniero, muchacho, además de inteligente, estudioso; treinta años. DOLORES IGNAIT, no sólo guapa, sino discreta, instruída.—Lugar de la escena: cámara nupcial; alcoba blanca, sin cuadros; en el fondo un Crucifijo de marfil con incrustaciones. Entran los dos como si huyesen.

El.—¡Por fin! ¡Gracias, Dios mío!

Ella (*sonriendo, casi con coquetería*).—¿Tenías muchas ganas ¡de encontrarte solo?

El.—¿Solo... contigo? Sí. Ya sabes que no he fingido jamás; que no he disimulado mi manera de ser.

Ella.—Yo tampoco. Te amo.

El.—Me aburría la gente. Me fastidiaban sus cumplimientos; dábanme enojo sus torpes pullas.

Ella.—Pullas que no he entendido, francamente.

El.—¿De veras?

Ella.—Amigo mío, comprendo que éste es un momento solemne, tan solemne como misterioso. Entiendo que voy á desnudarme delante de ti, puesto que no hay más que cuatro paredes y una cama para los dos; acostumbrada estoy á ver que mis padres han hecho exactamente igual, y se me figura que toda vez que esto es lo que hace todo el mundo, la cosa no tiene nada de extraordinario.

El (*sonriendo*).—Razonas bien... nada de extraordinario.

Ella (*con mimo*).—Hasta cierto punto. Yo soy inocente á medias. No dejo de reconocer que éste es un momento difícil.

El.—Cierto que sí; es un momento en que el hombre demuestra si tiene educación, como en la mesa, como en el juego... cierto que sí.

Ella (*estrechando efusivamente su mano*).—Gracias. Ya sabes que nada te he negado. Me pediste primero cariño, te lo dí; luego amor, también; más tarde un beso, mis labios respondieron á los tuyos. Me sentaste en tus rodillas, y no protesté.

SI YO FUESE HOMBRE...



¡Y me reiría del mundo!

El.—Sabías que era el caballero quien...

Ella.—Sabía que eras mi amigo, el que tiempo andando tenía que ser mi *hombre*, mi *inseparable*. Bueno; pues decía que así como he de violentar al pudor hasta ahora encerrado en el puño para quitarme las ropas antes de acostarme, también debo, y deber sagrado es éste, desnudarme moralmente delante de ti. La sociedad me arroja en tus brazos: el amor ha abierto mucho antes los míos: no sé en este punto por qué motivo; tampoco quiero investigar la causa: sé que te amo y que soy feliz.

El (*abrazándola*).—¡Dolores mía! (*Pausa. Besos*).—¿De modo que tú has deseado esta... esta ventura incomparable?

Ella.—Sí. ¿Y tú también, no? (*cerrándole la boca con la mano*). Sí, no me lo digas.

El.—Quiero decírtelo. La he deseado ¿sabes por qué? Porque ya llegó el instante en que nadie me dispute tu ternura, tu alma, tu ser entero.

Ella (*inocentemente*).—¡Y antes tampoco! ¡Y aunque te hubiesen disputado...!

El (*con mucha pasión*).—Antes sí... Ningún tonto, de quien yo me hubiera reído, pero sí las preocupaciones, la sociedad... yo mismo con mis sentimientos hidalgos, ¿me comprendes?

Ella.—Nó, pero me gusta oírte.

El.—Bueno; pues antes no podía en conciencia estrecharte como te estrecho ahora, formando cárcel de mis brazos para tu cuerpo, y en ellos nido de amor; si antes te abrazaba era á espaldas de la sociedad; olvidándome de la sociedad; ahora el mundo todo se olvida de nosotros, para que en este instante sublime tú no vivas sino para mí, como para ti vivo yo.

Ella.—¡Qué dulces palabras! Sigue, sigue hablando. ¿Sabes que no estoy cansada ya, y que no tengo sueño?

El.—¿Quieres pasear por el jardín?

Ella.—Quiero lo que tú quieras, amigo mío, esposo mío. Estoy contenta, soy dichosa.

El.—¡Te amo! Y éste es un momento solemne, como tú has dicho, que quisiera prolongar parando el reloj de la eternidad perdurable...

GUILLERMINA STOCK



LA PRIMERA CARROMATA

(RECUERDOS DE FILIPINAS)

EL año de gracia de 1797 era Gobernador de las islas el señor don Rafael María de Aguilar, coronel, gentilhombre de cámara, con entrada, y condecorado, amén de algunas más, con la cruz de Alcántara.

Presidía la Corporación municipal el dicho año, como corregidor de ella, el señor don Sinibaldo de Vargas y Romo, y entre la pléyade de alcaldes, regidores, asesor, síndico y demás ediles, tenía voz y voto el bueno de don Juan de la Pez Blanda, un caballero muy grueso de cuerpo en general y muy abultado de vientre en particular, perezoso para caminar, dadas aquella polisarcia y su afectada gravedad, y propenso, según aterrorizador dictamen del doctor García de la Pata, á un ataque de *gota*, *derrame seroso*, *apoplejia*, *cólico miserere* y otras enfermedades por el estilo, á que don Juan tenía tanto asco, como respeto y consideración al *recto* y justiciero señor corregidor.—Subrayo la palabra *recto*, entre otras razones, por la de que don Sinibaldo era cargado de espaldas.

Terminada la comida, nuestro ilustre regidor, henchido de alimentos el estómago, con la nariz roja por la satisfacción y las libaciones, pletórico y abotargado, disponíase á que la quimificación y la quilificación se

realizaran callandito en la tranquilidad de la siesta, cuando hé aquí que recibe una orden urgente del presidente del Cabildo, citándole para las cuatro en punto en el local del mismo, con objeto de tratar y discutir un asunto—como siempre—de carácter reservado.

Aquí de los apuros y de las imprecaciones. Tembló, rabió, gritó y acabó por callar, recordando los augurios del eximio doctor García. Dieron las tres de la tarde y tendióse en la amplia perezosa, en busca de un medio ingenioso para no concurrir á la magna sesión de *carácter reservado*, pero no lo encontró. ¡Cualquiera pide ingenio á un hombre ahito!

Fingióse una balanza imaginaria: colocó en el platillo de la derecha la orden del señor corregidor; la mezcló con el capítulo de filípicas, algo de reconvenciones y uno ó dos granitos de vanidad satisfecha y de amor al prójimo: puso, para hacer contrapeso, en el platillo contrario, su comodidad, la periódica siesta, el cólico *presunto* y la digestión alterada, y el fiel á la izquierda le indicó que había vencido el platillo de la derecha y que tenía que marchar. Avióse hecho una furia y mandó enganchar su coche. Nueva desazón: los caballos habían comido *palay* pocos momentos antes.

Entonces, olvidando prosapia, dignidad y ley, regañó con su esposa como cualquiera pelagatos; como un ídem dió de trompadas y soplamocos al

Hoy es trigo; mañana,
pan de primera...
(Si el señor panadero
no lo adultera.)



—Ahí lo tienen. ¡Un quinto! Es decir, la quinta parte de un hombre.

servidor, y por último, salió corriendo, ó por lo menos meneando los piés velozmente, dispuesto á meter su augusta personalidad en el primer vehículo que por casualidad divisara.

Pasó una *carretela*, — llamada así indudablemente por antífrasis, — y en ella subió, con grandes intervalos entre ademán y ademán, ante el aturdido conductor, que no comprendía el porqué de la distinción que se le otorgaba.

— ¡Cabildo; plaza de Palacio!... ¡Ah!... Pica... ¡Coche por Dios!... ¡Despacio!... ¡Condenado! ¡Me vas á matar!... ¡Mano!... ¡Silla!... ¡Por San Sinibaldo! ¡Para!... ¡Para! ¡Gracias á Dios, galopin!...

Y, por fin, llegó nuestro personaje, pálido de terror, desmadejado y molido; entrando por el anchuroso portalón del Cabildo, primero la oronda barriguita y luego todo el cuerpo, mojado á fuerza de sudor y sudado á fuerza de aperreo.

Ya en el salón de sesiones todo fueron exclamaciones y saludos.

—Hola don Arturo.

—Adiós, señor de la Pez Blanda.

—Querido de la Pez.

— ¡He nacido!... ¡He nacido, señores! — balbuceó el tribuno.

— ¿Por qué? — preguntó, atusándose los bigotes el excelentísimo corregidor.

— ¿Y eso?

— ¿*Quaré causa?* — dijo uno, preciado de conocer el idioma del Lácio.

— ¿Sí?... inquirió el asesor, sujeto muy popular por la concisión de sus oraciones, y porque se tragaba cuando hablaba ó escribía, cuantas frases consideraba innecesarias y algunas impres-



— ¿Dónde vas con mantón de Manila?
¿Dónde vas tan á la *negligé*?

cindibles para la buena construcción de la oratoria.

— He nacido, señores: mis caballos acababan de comer el *palay* y por ganar tiempo he venido... ¡pásense sus señorías! en una desvencijada *carretela*.

— ¡Horror...! — exclamaron todos, excepto el asesor, que, por ahorrarse frases, alzó con ímpetu los brazos y abrió los ojos y la boca.

— Así, como suena; en una *carretela*. Un coche ó, mejor, un carro capaz de matar á cualquiera.

— Cierto, un carro que estropea los huesos.

— Un carro, pero que mata, — arguyó un regidor.

— Un carro que mata, — repitió el síndico.

— Carro mata; — acabó el asesor, engulliendo el numeral y el relativo.

— Eso, eso, — chilló el corregidor; — formemos una palabra com-

puesta y denominemos así desde hoy á las inmundas *carretelas*.

*
*
*

Y de carro mata vino carro-mata y luego carro-mato, conociéndose con este nombre desde entonces el carricoche que, con el aditamento de cuatro pali-troques verticales y sobre éstos un rectángulo horizontal, algunos hules y un poco de pintura, rueda hoy por Filipinas. En provincias y en los alrededores de Manila, la *carretela* es todavía vehículo muy estimado.

Las hogueras

No han ardido todavía, pero arderán.

Me refiero á las de este año, naturalmente.

Ya sé yo de uno que si lee este artículo (cosa, dicho de paso, que no he de agradecerle, aunque lo tome á descortesía) será á la luz de esas incomensurables antorchas que encienden los vecinos en noche de verbena.

Se parece él por las actualidades y abomina de los adelantos, porque dice que con ellos se va perdiendo la tradición y obscureciendo el espíritu nacional.

—¿Desde cuándo no tenemos España?—grita.—Desde que tenemos luz eléctrica y ferrocarriles. Nos parecemos á Francia, á Inglaterra y á Norteamérica como un huevo á otro huevo. Será eso muy bonito, pero no es español.

Claro que mi hombre confundió lastimosamente los términos de la proporción, y que donde puso Francia debió poner Italia (pese al último empréstito y *pesie á mí*); y donde puso Inglaterra, Turquía; y donde soltó Norteamérica, Rusia: que son los pueblos, de los cuales tenemos todo lo malo, que es mucho; pero en fin, váyale usted con tales filosofías á hombre que afirma que nos quejamos vanamente de no tener libertad, pues si á él le dejaran las torceduras de ésta las enderezaría á palos.

A un tranvía eléctrico prefiere él una calesa; suspira por las carretas de nuestros mayores, con adorno de bandidos, y cree firmemente que no hay poesía, porque es de los que comparan á la poesía con un murciélago que huye de todo resplandor.

Las hogueras de San Juan le regocijan, entre otras cosas porque le retrotraen al tiempo en

PANORAMAS PARISIENSES



La calle de Rivoli

La Saeta

que las callejas estaban alumbradas por parrillas con troncos. Si él fuera alcalde, mandaría en semejante noche que apagaran los faroleros toda la iluminación pública, ó mejor, que no la encendiesen, y se irritaría contra la luna si despejaba de tinieblas el horizonte.

Ya que esto no pueda ser, aprovecha lo único que le dejan los adelantos y los ediles, de los cuales no puede decirse que sean adelantados también. ¡Ay nó! Y así como no sale ninguna noche de casa (donde se alumbra con candil, y extremando el lujo, con velón de cobre, de los de tres mecheros), cuando llega la verbena se echa regocijado al arroyo, doliéndose de que el Bautista no caiga en invierno para subirse el embozo de la capa hasta la frente.

Dirán ustedes: «¡Será viejo!»

—Nó, es joven; y como él hay muchos jóvenes que andan todavía por el año uno de nuestro siglo, ¡y menos mal que hubiesen llegado al año ocho!

* * *

Me gustan las hogueras, porque me gusta el regocijo; la llama es la alegría del fuego; el fuego es la llama de la vida, y la vida es la risa de la Naturaleza.

De ahí que yo no sepa ponerme serio nunca. He tomado la vida á risa, y las ocasiones más graves de ella las considero tendido y fumándome un cigarro.

Las hogueras sacan á la gente de sus casillas (y es cierto que pese á la civilización, y *pesie á mí*, que tengo patrona, otra vez, nuestros hogares no son casas), y sirven de pretexto, aquí donde jamás se logra uno, para echar una cana al aire.

Mejor dicho estaría al fuego, pero en fin, ello es que la costumbre hace ley, y los españoles somos esclavos de la costumbre.

Mientras no falten toros que estoquear, buñuelos que comer y verbenas que reir, España será España, y ya pueden darle vueltas á la tijera y á la aguja sobre el mapa los sastres geógrafos.

¡Tomar el sol! ¡Reir! ¡Tocar el guitarrillo! ¡Echar cañas al espacio y recibir la manzanilla en la boca sin que se

NOCHE DE SAN JUAN



—¿Que algo vamos á sacar un poco ó mucho chamuscado?

SALTANDO HOGUERAS



—¡Volcanes de más ardor con frecuencia hemos saltado!

La Saeta

pierda una sola gota en el aire! ¡Que nos disputen estas glorias los extranjeros! En estos jolgorios nuestros toman parte hasta los santos.

*
**

No quiero ilustrar mi palique con disquisiciones históricas, y eso que bien pudiera lucirme.

Por ejemplo, hay quien asegura que las hogueras vienen por línea recta de los árabes; otros afirman que de los celtíberos, y no falta descontentadizo que las diputa por propias de los cartagineses.

Yo sé una magnífica leyenda persa, en que el poeta Homanfir asegura que mandó iluminar todos los jardines de su novia con áloes sagrados para leer á su amada la declaración amorosa en verso, y que ella cayó desvanecida en sus brazos.

No dice si le quitó el sentido la rima ó el humo asfixiante, aunque oloroso.

El hecho es que nosotros quemamos hogueras, desde la Edad media, y todo porque á un zapatero remendón que tenía compromiso de ultimar unas botas de caza para cierto magnate, encendió á la puerta de su zaquizamí un promontorio de madera. La cosa hizo gracia, y la imitaron algunos. A poco se aprovecharon del invento los inquisidores.

Por algo se dice que los grandes inventos vienen de los incidentes más sencillos.

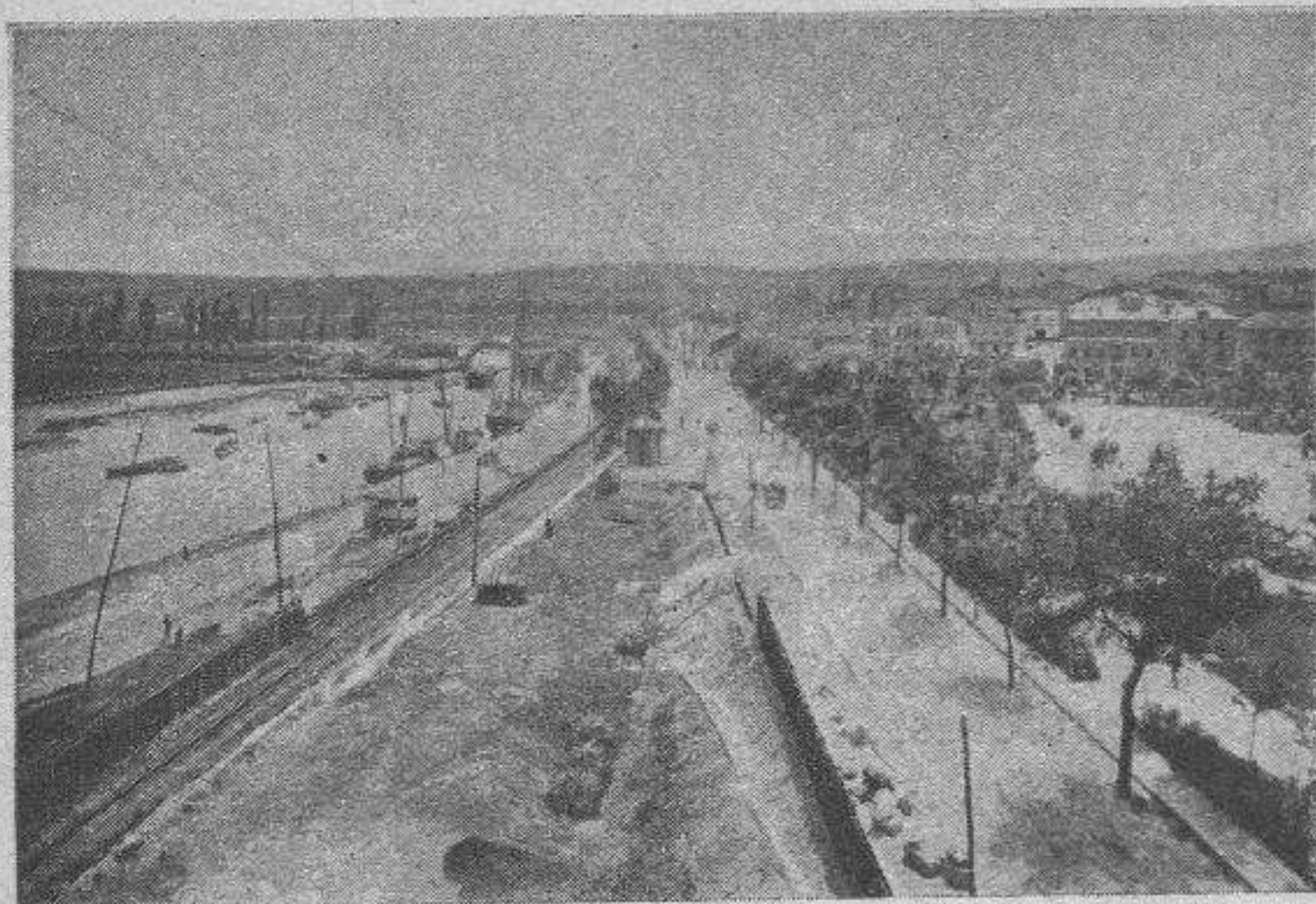
*
**

Las hogueras tienen dos ventajas: una que limpian la atmósfera de microbios, y siempre vale más quemar microbios que no herejes; otra que ahuyentan á los mosquitos.

Y á propósito: no comprendo cómo la verbena de san Juan tiene más importancia que la de san Pedro.

Porque, precisamente, como san Pedro era calvo le picaban los mosquitos, y, por consiguiente, no puede verlos ni en pintura desde su celeste portería.

CLAUDIO UGENA



Muelle y Avenida de Pravia



Casa Ayuntamiento

¿Hay oro en España?

II

DESDE luego, y entrando en el terreno práctico, podemos afirmar que sí.

Ya en la más remota antigüedad se conoció su existencia en nuestro suelo. Está fuera de duda que durante la dominación romana fueron activamente explotados los yacimientos auríferos de Las Médulas (provincia de León), en cuyo punto quedan aun no pocas huellas de la colosal importancia que los trabajos de nuestros sojuzgadores llegaron á alcanzar.

El *país del oro*, que en sucesivas edades ha sido ora el Perú, después la California, más tarde el Transvaal, era entonces España. De aquí se sacaban los tesoros que Roma empleaba en el decorado de sus templos y palacios y en el atavío de sus matronas; de aquí salían las riquezas que tanto contribuyeron á afianzar su imperio y á corromperlo después.

Pero dejando estos recuerdos históricos, que todo lo más podrían darnos una presunción ó una seguridad pretérita, pues minas muy ricas han existido que han llegado á verse agotadas, trasladémonos á los tiempos presentes y presentemos datos y cifras.

El día 1.º de Julio de 1889 se constituyó en Londres con el título de *The Guadarrama Gold Mines*, una Sociedad para explotar unas minas de oro situadas en Ordial (provincia de Guadalajara), con el capital de 130.000 libras esterlinas. Porque el negocio no se llevó adelante, lo ignoramos; pero es imposible desconocer que difícilmente podía haberse planteado si dichas minas no hubiesen existido. Los nombres de las propiedades mineras que había registrado esta Sociedad, eran los siguientes: Australia, San José, La California y Segunda Segovia.

Más adelante, en 1894, un sindicato de capitalistas también ingleses, formó en Gláscow otra Sociedad, destinada á explotar otras minas, registradas ya en 1874 y emplazadas en Carballo (Galicia.) Los concesionarios eran los señores Thompson y Aitken, y el director técnico Mr. John Rosewarne, y al traspasar sus pertenencias á la Sociedad, continuaron los trabajos bajo la inspección de este último. En aque-

lla fecha el número de filones descubierto llegaba á 30, variando su espesor entre 0'30 y 1'80 metros.

Los ensayos verificados dieron un resultado altamente satisfactorio. El rendimiento más pobre por tonelada de mineral fué de 9 onzas de oro, y en los puntos más ricos del filón alcanzó á 11 onzas por tonelada. Se abrieron unas 50 galerías, y para obtener la necesaria fuerza hidráulica con qué mover los trituradores de cuarzo y los aparatos que requiere la refinación del metal, se pidió una concesión sobre la corriente del río Allones.

Ultimamente, no sabemos si á causa de estos precedentes ó debido á otras iniciativas, la fiebre de las minas se ha despertado con maravillosa fuerza, y se habla ya de la constitución de otras sociedades destinadas á la explotación de *placeres* ó terrenos auríferos situados en las provincias de León, Orense y Lugo.

De una de estas empresas, que ha obtenido una concesión minera que abarca un kilómetro cuadrado y está situada en la última provincia nombrada, se refiere que ha hecho de sus tierras ensayos altamente halagüeños. Según noticias, el promedio del rendimiento es de 6 á 8 onzas por tonelada (1.000 kilogramos) de mineral; pero ha habido muestra que acusó más de 74 onzas de oro por tonelada.

Como se desprende de esta información, los resultados no pueden ser más tentadores. Tal vez haya un poquito de exageración en estas cifras... Puede que sí; pero cuando el río suena, agua lleva.

Lo indudable es que no hay que ir al Sud de Africa ni al Norte de América para encontrar oro en abundancia. La poética y olvidada tierra de la muñeira, trabajada convenientemente, puede ser para nosotros otro *Rand* ó un nuevo *Klondike*.

Señores capitalistas—y adviértase que no cobramos nada por el reclamo:—hé aquí un negocio tal vez más seguro y lucrativo que el inmoral juego de la Bolsa.

¡Señores mineros, al tren! Galicia les llama.

GLEANER

LIBROS Y COMEDIAS

MONTES DE OCA, por B. Pérez Galdós

HACE tiempo que está sobre mi mesa este último volumen del insigne maestro, y es el libro que así se intitula uno de los más interesantes dentro de la tercera serie de Episodios. Urgencias é imposiciones de compaginación, hánme impedido hablar de *Montes de Oca* con la presteza que yo hubiera deseado; pero no es éste grave contratiempo tratándose de Galdós, ingenio á quien se debe rendir pleito homenaje constantemente. La obra llegó á mis manos con la oportunidad debida, y entiendo que la de celebrarla y aplaudirla no ha pasado aún.

Hay en *Montes de Oca* más suma ó cantidad novelesca que en otros escritos de tal índole, sin que por ello desmaye el *nervio* histórico que á su autor conduce por el intrincado laberinto de nuestra variada y febril vida nacional; quiere decirse que no roba la invención colorido á la época que se describe ni á los personajes que en ella intervienen; no anula el *hecho* la fábula, de trama sutil; adquiere más grandes proporciones ésta, porque el *dato* principal, y el tipo que lo determinan, adolecen de falta de proporciones, y casi quedan sin marco los sucesos. *Montes de Oca* no tiene, en efecto, bastante fuerza expansiva para hinchar la máquina de la existencia que se mueve en torno suyo, ni intervino él de un modo decisivo y singular en los azares de la sociedad española. La caballeresca cuanto desatinada tentativa de este héroe romancesco en pro de María Cristina, más fué algarada que hecho político, y más propio parece de leyendas y romances que de historias en que debamos obtener alguna lección moral.

Pero los Episodios de Galdós no pueden ni deben considerarse uno á uno; y en este supuesto, *Montes de Oca* se halla dentro del plan concebido ó trazado para reconstruir y realzar la época de nuestras calamitosas contiendas civiles. El exceso de trama corresponde exactamente á la poca intensidad del asunto historiable, y acusa una vez más la mano talentosa del novelista; veo un mérito singular en *Montes de Oca* juzgándolo así. Lo que Galdós nos muestra, y ya lo he dicho otra vez, escribiendo sus Episodios, es la historia vivida en los personajes que ayudaron á formarla. Los hechos no producen á estos personajes, aunque en ocasiones los exaltan ó modifican, sinó al revés. *Montes de Oca* ayuda á la total visión.

El retrato de Montes de Oca está hecho magistralmente, eso sí; las páginas en que interviene él, donde se narra su aventura de caballero andante, hasta su trágico y triste fin, son de un relieve hermosísimo, poéticas, deliciosas y admirables á la par. Es digna de encomio la traza con que medio recatado en la penumbra de los acontecimientos se le descubre antes, ó se le adivina; algo, y aún algo más intenso, de esta virtud en el hacer, se nota ya en Mendizábal. También hemos ganado, por acercarnos un poco más de lo ordinario á la novela, una de esas preciosísimas creaciones de mujer en que Galdós ha superado á Alarcón y ya no tiene rival. Con Rafaela, por mote *Perita en dulce*, hemos aumentado la galería rica y gloriosa.

No faltan, á pesar de lo dicho, pormenores y rasgos anecdóticos, pues bien determinadas están con culta sagacidad psicológica las vicisitudes de la regencia de Espartero, que determinaron la ocasión de la romántica locura de Montes de Oca. Al final, cerrando el libro, queda delante de los ojos otra fase de aquellos tiempos de continuas luchas y de insana agitación...

Clak



MONÓLOGO

¡Maldita sea mi pellica
y el forro de mi garganta!
¡así se me caiga el pelo
y me se hagan veinte calvas,
y sude gotas de tinta
por alrededor de la caspa!
¡Permita Dios que me peguen
diez veces con una faca
de muelles, aquí, en el bazo,
por delicaio y por mandrial
que si le sucede á otro
la mitá que á mí me pasa,
se cuelga de los talones
y se está cuatro semanas
haciendo flexión de muslos
sin trajelar una papa...
sin buscar una colilla
como yo busco con ansias...
y sin ser tan sinvergüenza,
tan gili, ni tan canalla.
Si yo por lo que deduzco
no tengo más que gindama,
y sabañones y cosas
que da vergüenza nombrarlas.
Pero lo que es entrecotes,
nudillos, pupila clara,
riñones, tendonería
estirá, mandurria, plata
y saluz y simpatías...
¡qué he de tener! tengo magras;
por eso me da coraje
no haber estudiao pa papa,
ó pa maestro pelagodo,
ó pa cualquier cosa rara,
y no que estoy hecho un cafre
sin moralidad ni lacha,
ni chirumen, ni cacumen,
ni ercétera, y aquí acaba.
Luego dicen que hay sujetos
que blasfemian y se dañan
de su motu propio el físico
ú que se rompen el alma
por romper algo, ¡mentira!

lo que hay hoy día en España
es la mar de gente sucia
que ni siquiera se lava
pa agradar, que están iznotas
de puro congrios y urañas
pudiendo ser desde luego
contrabandistas y pata;
en mí tien el ejemplo
que está más claro que el agua.
Un servidor ha nacido
por capricho de su mama
y de algún banderillero
de esos que no son de fama,
por nacer, y puesto al tanto
de lo que son las palabras,
mejor dicho, lo que quieren
decir, me dijeron: «Anda
por ahí á ver si te mueres
ú qué», dándome en la espalda,
no sé si á puño cerrado
ó á bota puesta. La causa
no la sé, ni me he tomao
el trabajo de buscarla;
(porque yo soy poco afino
pa estar aonde se trabaja,
es un vicio de la sangre
y á la sangre hay que dejarla);
pero el caso es que ya tengo,
si es que no me engaño, canas
en el cráneo, y sin embargo
mire usté lo que me pasa.

Que estoy loquillo perdío
por la jembra más gitana,
más desnivelá del cuerpo,
y más flexible, y más guapa
del mundo, que no hay un tipo
que le iguale á mi chavala
en tocante á condiciones
de chipén, y circunstancias
y tal. Pero la gachí,
como sabe que al mirarla
me pongo igual de contento

que si estuviera de pascua,
porque paece que me meten
pólvora salá en el arca
del cuerpo, en cuanto me dice
«¡ta day!» ó cosa arrimada,
me hace que tuerza el carácter
de horror; labra mi desgracia,
y, en fin, que soy por mor de ella
toda una insignificancia;
y si no ¡cuándo he tenido
tanto en mi vida privada,
como en la otra, que correr
(y entiéndase la palabra)
correr detrás de lo menos
dos ú tres ú cuatro guardias,
porque querían pescarme
pa hacer una charranada?
pus yo me creo que nunca,
si mi memoria no falta.

Y después ¡por qué quisieron
darme pal catre? por nada,
porque pasé junto de ella
y ví que estaba de cháchara
con no sé quién, pero que era
de mi sexo, y dije «¡basta!»
enfadao; saqué el berbajo
de entre el pantalón con ganas
de perderme para siempre
y se armó la gran jarana.
Bien claro está, de resultas
tengo mantención y casa
de valde, y más lesionao
el cuerpo que el mismo Zafra.
¡Maldita sea mi pellica
y el forro de mi garganta!
que si le sucede á otro
la mitá que á mí me pasa...
Vamos no me doy un golpe
porque me sale á la cara
en cuanto saco la oreja
ú en cuanto meto la pata.

LUIS E. LÓPEZ DE HARO



¿DE PICOS PARDOS?



—Decididamente, nada como el automóvil. Una va á... á donde se le antoja, y no hay que temer indiscreciones del cochero.

Miscelánea

Pasaba cierto día un labrador montado sobre un burro por delante de un colegio, á la hora misma que salían los estudiantes de la clase, y cabalmente le dieron entonces al asno ganas de rebuznar. Los estudiantes empezaron á gritar al labrador, diciéndole:

—Majadero, cría mejor á tu bestia y enséñala cortesía.

—Hijos míos,—replicó el labrador;— es que se alegra tanto de ver á sus hermanos, que se ha puesto á cantar de gozo.

Un niño pedía limosna á cierto caballero que le dijo:

—Cuando vuelva por aquí te daré algo.

—Déjeme usted alguna prenda,—repuso el mendigo,—porque he perdido mucho por fiarme de la palabra de los que pasaban.

Cierto niño gritaba desafortadamente porque su mamá no quería darle una golosina. Ya cansada la pobre señora de predicar para convencer al muñeco, le dejó que reventara, como suele decirse. Fatigado el rapaz, cesó por fin un momento, lo que hizo exclamar á la madre:

—Gracias á Dios que has callado.

—Nó; no he callado, nó,—dijo el niño volviendo á la música;—es que descansaba.

Uno que llegó en un coche dijo á un mozo de cordel:

—Lleva ese saco de noche donde dice este papel.

Era el alba, y sin embargo, el mozo, buen español, no fué á llevar el encargo hasta que se puso el sol.

Cierto paleta quería acariciar á un loro.

—No te acerques,—le dijeron,—porque te puede picar.

—¿Y por qué?—respondió el palurdo.

—Porque no te conoce.

—Pues díganle ustedes que me llamo Juan.

—¿Qué quieres ser cuando seas grande?—preguntaba á un muchacho el autor de sus días.

—Yo quiero ser el que hace los almanaques.

—¿Para qué, hijo mío?

—Para poner tres domingos en cada semana.

Charada

*Prima prima, en una todo,
en un Circo, en dos primera,*

ví trabajar á Pesquera
y á la *tercia tres*, de Go lo.

MORENO

Tarjeta

Rafael Salizo

Formar con estas letras, debidamente combinadas, el nombre de una aplaudida tiple.

LUIS TORNÉ RIBÓ

Rombo logográfico

C A L O R
3 2 2 4 2

Con estas letras, repetidas cada una de ellas, como indica la cifra que tienen debajo, formar un rombo; de modo que, horizontal y verticalmente, se lea: 1.^a, consonante; 2.^a, agujero; 3.^a, adjetivo; 4.^a, tiempo de verbo; y 5.^a, vocal.

JESÚS GÓMEZ

Logogrifo numérico

- 1 2 3 4 5 6 7 8 9.—Nombre de varón.
2 3 4 9 7 1 6 8.—Oficio.
3 4 6 7 1 6 8.—Tela.
3 2 1 6 7 8.—Nombre genérico de algunos [animales].
6 7 9 6 8.—Líquido.
4 5 6 8.—Parte de los toros.
4 9 8.—Nombre de mujer.
5 7.—Nota musical.
2.—Vocal.

JESÚS Y JOAQUÍN

Soluciones á lo insertado en el número 499:

CHARADA.—Camilo.

TRIÁNGULO.—CERUSA

ELICE

RIÑA

UCA

SE

A

MARCHA DE TORRE.

—He reñido á un hostelero.

—¿Por qué? ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo?

—Porque, donde cuando como, sirven mal, me desespero.

IRIARTE

Correspondencia

por Clak

Q. A. R.—Sí que empezamos bien:

«La música sonaba,
sonaba en el abismo
y yo con soberano espejismo
á bailar te animaba.
Tú bailabas y reías
con pereza soberana
¡qué mañana! ¡qué mañana!
no es así todos los días.»

Efectivamente, creo que nó; no es así todas las mañanas, puesto que no todas las mañanas sale el sol, ó por lo menos, si sale según los astrónomos, para la gente vulgar está nublado. Desde luego la salida del astro rey determina un acontecimiento extraordinario, y me explico que haya dos majestades dentro de dos malas redondillas: una el «espejismo soberano;» otra la «soberana pereza.» Tal para cual, y el jaco, digo el *vate* á la puerta.

Cabriolé.—¡Para qué monto!

S. F. N.—No he recibido su carta. La correspondencia llega retrasada. Recuerdo á este propósito aquella hermosa sátira que escribió Larra (*Figaro*, como usted sabe, pero hay muchos que no lo saben, porque no leen al Pobrecito Hablador, ni al Curioso Parlante ni al Manco de Lepanto, etcétera) contra el ministro Heros glosando la R. O. en que se disponía que «mediante haber cesado el riesgo que ofrecía la carretera de Aragón á Barcelona, y no ser tampoco grande el que presenta la que va desde aquella ciudad á Valencia, se despache la correspondencia pública de Barcelona por ambas carreras.» De modo que «no hay riesgo, pero hay peligro,» ó más claro, que las cartas, si no se pierden llegan tarde, y ahora me explico por qué ha dimitido Cabriñana: porque con la correspondencia, postal y telegráfica, ambas inclusive, ocurre que ó no llegan ó llegan tarde. A esto no sé qué objetarle sino que estoy inocente de la descortesía que me imputa. Usted me avisa por una de las dos carreras, pero lo que me manda por la otra no llegó á mis manos. Añadiré parodiando á Heros: espere usted hasta que libre de todo peligro el camino regular «sea éste el solo conducto de comunicación,» etc.—Y conste que con usted me extiende tanto, porque además de tener usted talento, es usted de los que merecen todo género de excusas.

R. A. R.—¿Una dobla? Dos, ó sea doble usted, y no por eso dejará de ser usted menos estúpido. ¡Cuidado que dice usted disparates!

R. G. L.—Gracias, muchas gracias: ya habrá usted observado que de tres años á esta parte el periódico no ha variado, respecto del texto, ni una tilde. Su director es de los que caminan rectamente á un fin contra viento y marea. Me extraña que haya quien piense lo contrario. Más, mucho más festivo que ahora lo ha sido en otras ocasiones. Por carta particular detalles. Lo que se ha hecho aquí es que conservando su indole LA SAETA,

respondiese á todos los gustos, y por tanto adquiriera un carácter de generalidad que en pocas revistas se logra. Esta improba labor no la ven los tontos, pero es de prácticas consecuencias, y á la larga determina un triunfo positivo.

Frank.—O Hegel no *entendió* el alma como la *entiende* usted, ó usted no ha entendido á Hegel. De una ú otra manera se puede usted aplicar el cuento, digo el sustantivo adjetivado. ¡Y veamos si está usted tan fuerte en gramática como en psicología!

F. R. N.—Otra gracia:

«CANTAR ROMANO

«Solas estaban las catacumbas,
y en ellas ví flotar el espíritu
que me perseguía solícito
á través de la penumbra.»

Sí, sí: entre las catacumbas solas, usted y el espíritu ¡qué espantosa soledad! ¿Y usted en tan solemne ocasión no se puso á cuatro patas?

J. G. R.—Más vale tarde que nunca. Se publicarán.

L. T. R.—Irà la *tarjeta*.

H. M. N.—Se publicará, pero no digo cuando.

Pencho.—

Ni usted ha nacido en Jerez,
ni ha estado en *Calatayúz*:
bien se le conoce á *ustéz*
en el toque del *laúz*.

J. M. Z.—No son aprovechables por varias razones, primera y principal porque aquí,—que yo sepa,—no se pagan los acertijos. ¡Y no sabiéndolo yo...!

M. de L.—La publicaré, pero tengo tantas... que sólo pido á Dios me alargue la vida, hasta que la vea usted insertada...

C. E.—Entran en turno.

J. C. y F.—Recibida. Le serviré, pues, lo más pronto posible.

Prohibida la reproducción de los originales de este número.

• LA SAETA •

Semanario ilustrado

FUNDADOR D. PEDRO MOTILBA

— TODA LA CORRESPONDENCIA Á HEREDERA DE PEDRO MOTILBA Y C.^a —

Rambla del Centro, kiosco número 3

◊ PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN ◊

España y Portugal, semestre. 6 pesetas.
Año. 11 »
Extranjero y Ultramar, un año. 17 »
Número corriente, 20 céntimos.

Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—Pago adelantado.



LA SAETA



20 cénts.

Núm. 501

